

## **Letelier Rivera, Hernán (2015). *La muerte es una vieja historia*. Santiago de Chile: Alfaguara, pp. 98**

Maria Rita Consolaro  
(Università Ca' Foscari Venezia, Italia)

Hernán Rivera Letelier construye su primera novela policial en la Antofagasta de 2013, ciudad norteña chilena, la de los cerros pelados, de los rascacielos que dan a la nada, del bullicio de los empleados a la salida del trabajo o de las almas extraviadas de los barrios pecaminosos, de los rayos implacables del día o de las brizas casi románticas por las noches.

Su escritura, tan típica, fluida, inmediata, popular, enriquecida, sea por adjetivos rebuscados o chilenismos, envuelve al lector en una investigación paralela con respecto a los cánones del género; la referencia a la inconformidad y lejanía de esos detectives de la televisión, los impecables investigadores norteamericanos, es siempre presente. En definitiva, es un texto que se columpia, sin discreparse, entre detalles brutales y pausadas visiones reflexivas; la crueldad de los crímenes se ve atenuada por las apariciones de personajes extravagantes y situaciones cómicas, si bien revestidas por una velada melancolía y sentimiento de frustrada inadecuación.

La epígrafe inicial de Chandler fija un par de aspectos sobresalientes en la novela, aunque no se entiende bien sobre cuál de los dos se incline más el autor: si sobre la humanidad y carácter de los personajes o si sobre la intención de escribir libremente lo que quiere. Efectivamente, los lectores de Letelier no nos esperábamos de él una novela sobre los abusos sexuales cometidos en un mausoleo del cementerio de Antofagasta e investigados privadamente por un ex-minero y una religiosa evangélica, así que su autoafirmación literaria no resulta de más.

Por lo que concierne a los personajes, éstos encarnan la máxima plenitud de la capacidad imaginativa del autor. Peculiares y precisos, fantasiosos, singulares, modelos únicos de manifestaciones sociales relegadas por la muchedumbre común y, sin embargo, parte de ella. Prototipos coloreados y periféricos que, no obstante, no logran caer en meras maquetas y caracteres vacíos. Letelier los hace todos enteros, psicológicamente trazados, problemáticos y no adaptados pero sí verosímiles, presentes, muestras puntuales de una humanidad variada y original.

El Tira Guitérrez es el protagonista e insólito detective que nos lleva a través de una investigación que se le escapa torpemente de las manos. Desordenado, solitario (su única compañía un par de jotes que frecuen-

tan la ventana de su oficina), muy bohemio en su actitud pero, a pesar de eso, no fuma, toma poco, tiene muy esporádicas relaciones sexuales y está levemente oprimido por el fantasma de su ex-esposa arribista. Sus puntos claves incluyen la reiterada soplada al mechón blanco que destaca en su melena y la profunda afición por las rancheras, especialmente del Cuco Sánchez. El Tira es medio tristón y dejado, ex-minero perdido en el rumbo de la ciudad y de una sociedad que no entiende por completo y a la que no logra adaptarse, investigador privado gracias a un curso por correspondencia argentino.

Junto a éste, aparece una incluso más anómala co-protagonista, es decir la hermana Tegualda, su casual ayudante en el trabajo. Devotísima, excesivamente austera en el vestir (lo que inspira poco disimulados impulsos sexuales en los hombres que la rodean), propensa a las citas bíblicas, suporta y hasta guía las investigaciones del Tira. Tegualda experimenta una verdadera transformación dentro de la novela: si es cierto que en un principio es la rígida muchacha que da un orden metódico al trabajo de Gutiérrez, a medida que la historia avanza se empieza a involucrar más y más en la búsqueda, hasta obtener asombrosas revelaciones (tal vez divinas) sobre las posibles soluciones del caso y finalmente ver su inflexible postura puritana un poco ablandada.

Esos dos individuos, acercados el uno al otro por las casualidades del destino o, como diría la hermana, por el querer de la Providencia, se contradicen y confrontan, conocen mutuamente y, de a poco, se empiezan a entender y a complementar. Son la más extraña pareja de detectives: él armado con una tostada de mantequilla escondida en el bolsillo, ella con el Nuevo Testamento. Sin embargo, consiguen penetrar en lo más recóndito de la ciudad, en sus misterios íntimos desparramados entre clubes de prostitutas y hechiceras de barrio, sondar los sectores marginales entre perros vagos y basuras, captar las frases sabias que se le escapan a los pasantes; el todo entremezclado por una ligera pero no menos importante espolvoreada de contexto socio-político, como por ejemplo el de las elecciones y protestas estudiantiles.

El aparato formal y de introspección psicológica no quita calidad a la trama de la novela: Letelier demuestra manejarse muy bien en la construcción de un cautivador enredo policíaco y en atraer al lector dentro de su malla. Mas su verdadero logro queda en ese trazado ficticio de una sociedad alternativa y de los dos sujetos principales, en busca no tanto de resolver el caso, sino de encontrar el rumbo, de construirse su propio camino, de conocerse a sí mismos y a los demás, de aceptarse y aceptar, de tener el valor de elegir la vida que realmente quieren. En fin, descubrirse por lo que son: según dice la hermana Tegualda, nada más que simples *animales sentimentales*.